

la belleza misma iba siempre delante de su sabiduría, dando á su elocuencia una fuerza capaz de hacerse sentir de los que duermen.

De este modo se ha defendido por los grandes oradores y escritores sagrados la educación oratoria: no han combatido el estudio de las reglas, sino el exceso del arte en la predicación, exceso que también nosotros combatimos, sintiendo en el alma que algunos lleven á la cátedra sagrada un espíritu de vanidad que dice mal al pie de la cruz.

Si la elocuencia consiste en transmitir á los demás, por medio de la palabra *adecuada, oportuna*, nuestras ideas, enseñando, agradando y persuadiendo, *ut doceat, ut delectet, ut flectat...* sin una ilustración completa, ¿podrá nadie decirse buen orador?

San Agustín (1), antes de principiar su predicación, pidió al obispo Valero tiempo para prepararse. San Jerónimo (2), San Isidoro de Sevilla (3), y otros muchos que pudiéramos citar, no se limitan á recomendar la virtud, sino que á la vez aconsejan el estudio, la meditación, la ciencia y el conocimiento del arte, lo que nosotros comprendemos bajo una sola fórmula: *educación oratoria*.

V

Reseña histórica de la Elocuencia Sagrada.

ÉPOCA PRIMERA

No debe buscarse el origen de la Elocuencia Sagrada en la antigua Grecia ni en Sicilia. En Siracusa y

(1) Epíst. 22.

(2) Epíst. 34.

(3) *De Officiis ecclesiasticis*, cap. v.

Atenas sólo se oía la voz de profanos oradores. La Elocuencia Sagrada es patrimonio de la religión verdadera.

Los Patriarcas pronunciaron ya cánticos sublimes; su voz majestuosa tiene una gran importancia, aunque sólo resuena en circunstancias solemnes y cuando es absolutamente precisa: sus exhortaciones breves, enérgicas y libres de toda traba, sorprenden agradablemente al oído, enajenan el alma, conmueven el corazón y se graban para siempre en la memoria de sus hijos, cuyo destino les anuncia.

Después de los Patriarcas, aparecen los Profetas, y merecen una mención especial Moisés, Job, Isaías y Jeremías. En Moisés se distingue muy particularmente lo tierno y lo magnífico; en Job lo convincente y lo patético; en Isaías lo bello, lo enérgico, y más aún lo sublime, en cuya última cualidad no reconoce igual; en Jeremías aquel tono tan inefablemente melancólico, que con razón ha pasado á proverbio.

No podemos menos de mencionar aquí á David y Salomón: el primero, en cuanto á movimientos patéticos; el segundo, en orden á pensamientos profundos; y los dos en cuanto á belleza, brillantez y esplendor de imágenes, no admiten superior, así como en pensamientos sublimes y enérgicos llevan mucha ventaja al más célebre de los oradores profanos.

El lenguaje, en fin, de los Profetas, ora reprendan ó alienten al pueblo, ya lloren la patria perdida ó suspiren por la patria deseada, es siempre el lenguaje de la pasión y del sentimiento, revestido con todas las galas de una elocuencia inimitable.

La antigüedad, sin embargo, no puede ofrecernos nada comparable á la elocuencia cristiana, y la humanidad debe á la religión del Calvario el esplendor de ese arte sublime, que, como dice oportunamente Chateaubriand, si hubiese faltado á nuestra literatura, hubiera

dado en este punto al genio antiguo una decidida superioridad sobre el nuestro.

La predicación de nuestro Salvador es más para sentida que para juzgada; sus discursos tienen una forma bellísima, acomodada al auditorio que le escucha, propia de los labios santísimos que la pronuncian; pero no son los giros, los conceptos, ni las imágenes lo que solamente cautiva, es algo más que la elocuencia, es la *palabra divina*, majestuosa, imponente, augusta, llena de una suavidad que todo lo subyuga. La sencillez, la dulzura y la convicción son los caracteres distintivos de la predicación del Redentor.

Los Apóstoles imitan á su divino Maestro. Escasos monumentos nos ha conservado la tradición de su elocuencia; pero su voz se oye al mismo tiempo en toda la tierra; y sus palabras son llevadas de uno á otro extremo del mundo. Pues bien; al confesar los rápidos progresos del Evangelio, al reconocer los frutos de la predicación de los Apóstoles, su elocuencia está juzgada.

Entre los Apóstoles, San Pablo merece por su elocuencia particular mención. Nunca hombre alguno ha hablado tan eficazmente al entendimiento, á la imaginación, y sobre todo al corazón; nunca orador alguno ha tomado tan en cuenta las circunstancias de sus oyentes; nunca la elocuencia se ha revestido en una sola persona con formas tan variadas y oportunas; nadie ha conseguido tantas y tan profundas conversiones, por cuyo título merece ser considerado como modelo de los oradores cristianos.

ÉPOCA SEGUNDA

A los Apóstoles siguen sus discípulos, llamados Padres apostólicos. El carácter distintivo de sus escritos, llenos de entusiasmo y de fe, es la sencillez, el candor y

la convicción más íntima de las doctrinas que proclaman, evitando cuidadosamente todo artificio, para que no se atribuya á él el triunfo de la verdad; pero no por eso carecen de elevación, de energía y de bellezas oratorias de primer orden.

A estos suceden los Apologistas, que con su poderosa palabra triunfan de la intolerancia, de los sofismas, de las calumnias y del fanatismo de las masas. Aristides hace una brillante apología de la nueva fe, y alcanza una celebridad inmensa la de San Justino: Tertuliano ataca con viveza; Lactancio echa mano de la sátira contra los emperadores; Minucio Félix se distingue por la pureza de estilo, y San Cipriano por lo noble y tierno, lo vehemente y lo sublime. Dulce en sus palabras, tolerante en las formas, pero lleno de ciencia, Clemente de Alejandría ataca el politeísmo. Otras apologías, y finalmente el libro de Orígenes contra Celso, acabaron la contienda con los primeros errores, y redujeron á sus enemigos, si no al silencio, al menos á la vergüenza de no oponer á la verdad más que la persecución y los suplicios.

Al desaparecer los Apologistas, comienza uno de los períodos más gloriosos de la elocuencia cristiana. El despotismo impuesto al mundo por los Césares, había dado muerte á la tribuna: la libertad moral del género humano, proclamada por los Apóstoles y los Padres, daba vida á la elocuencia religiosa. Desde este momento no es una cátedra el sitio del orador, es un trono rodeado de las más grandes maravillas. Los Padres ocupan el púlpito atrayendo, no sólo la atención, sino el corazón y la voluntad de los hombres. Formados para la elocuencia con estudios profundos y ejercicios asiduos, obtuvieron éxitos asombrosos y merecidos aplausos de los sabios. Sus voces elocuentes produjeron los más admirables acentos, resonando en todas las ciudades importantes del Imperio. Los nombres de Milán, de

Hipona, de Alejandría, de Constantinopla y Roma, se engrandecen á nuestra imaginación con el glorioso recuerdo de sus ilustres obispos.

San Atanasio se distingue por lo fácil y elevado; San Gregorio Nacianceno por lo profundo con visos de profético; San Basilio por la elevación, suavidad y elegancia; San Ambrosio por la fuerza de persuasión; San Crisóstomo por todas las grandes dotes de la elocuencia, presentadas en un estilo altamente figurado, fluido y copioso; San Jerónimo por la energía y aticidad de dicción; San Agustín por la copia, fuerza y sutileza del discurso, la nobleza de las ideas, el tacto exquisito, el lenguaje tierno y afectuoso; San León Magno, en fin, por la nobleza y elegancia.

ÉPOCA TERCERA

A pesar de ser tan poco favorable al desarrollo de la elocuencia el periodo de la Edad Media, no faltaron, sin embargo, oradores ilustres: San Gregorio Magno, en quien volvieron á aparecer el espíritu y el grandioso estilo de los Padres del siglo de oro de la elocuencia sagrada, se distingue por su vigor y magnificencia. A éste siguieron entre otros muchos el venerable Veda, que brilla por lo claro y fácil de su estilo; San Germán por lo elegante y ameno; San Juan Damasceno por lo claro y preciso; San Pedro Damiano por la facilidad y pureza del lenguaje; San Bernardo, llamado con razón Boca de oro, reúne todas las condiciones de un orador elocuente, sobresaliendo muy especialmente por su vehemencia y dulzura.

Desde la muerte de San Bernardo, las Ordenes religiosas resumen todas las glorias del púlpito. A los hijos de San Francisco de Asís, á los de Santo Domingo de Guzmán y otros célebres institutos, debe la humanidad la conservación de su fe, y la luz del Evangelio muchos

pueblos sumidos en la barbarie. En fin, la conversión de los bárbaros es un gran testimonio de gloria para la elocuencia cristiana de esta época.

El temor, generalizado en la Edad Media, de que la brillantez de la forma pudiese obscurecer la fuerza del raciocinio, perjudicaba á la elocuencia; pero desde el momento en que este temor desaparece, comienzan á sentirse los albores de una nueva era, aunque no suficientes á librar á los oradores cristianos de los defectos en que habían caído sus predecesores, porque el tránsito de una época á otra no se realiza nunca repentinamente.

ÉPOCA CUARTA

Aunque podríamos citar en este sitio muchos nombres ilustres de este período, sólo mencionaremos á Menot, religioso franciscano, conocedor de las reglas más sencillas de la elocuencia; á Oliverio Maillard, á quien perjudica como orador la profundidad de su talento y sus estudios teológicos; á Raulin, que es más severo y más didáctico que los dos anteriores, sin tener la viveza de sus giros ni la novedad de sus expresiones; y, por último, á San Vicente Ferrer, en quien se oye más bien la voz de una sencilla piedad, que la de una culta elocuencia.

A principios del siglo XVI, la historia nos demuestra que se comenzaban á corregir los defectos de los oradores que acabamos de citar. Savonarola, San Bernardino de Sena y otros, se distinguieron mucho y fueron ya más correctos. Pero la elocuencia brilló con mayor esplendor en el venerable Juan de Avila, cuya voz penetrante y fervor religioso, unido á un decir claro, expresivo y familiar, nos permiten colocarle en primer término y ofrecerle á la juventud como *modelo* en ese género de oratoria que da tan excelentes resultados

en favor de la moral pública y de las buenas costumbres. El venerable Fray Luis de Granada, sin embargo, es la más alta de las reputaciones y el mejor de los oradores de su tiempo. Claro, metódico, sólido, juicioso, patético y elevado, como su contemporáneo el P. Avila, reúne á todas estas cualidades una dicción elegantísima, siendo el dechado más perfecto que nación alguna puede presentar en la oportunidad de las comparaciones, en la ternura de los conceptos, en la naturalidad de las imágenes y en los medios de conseguir la perfección cristiana. Escritor correcto, puro y de excelente y acrisolado gusto, bien puede decirse que produjo una revolución completa en la prosa castellana. Entusiasta por el lenguaje de su patria, Fray Luis de Granada la enriqueció con innumerables frases delicadas, armoniosas, magníficas, sublimes, que en todas partes se hallan esparcidas en sus obras. De los escritos de Fray Luis de Granada ha dicho un famoso crítico (1): «El Altísimo anda en sus discursos, como anda el sol en el universo, dando á todas sus partes vida y movimiento.»

No podemos dejar de recordar aquí á Fray Luis de León, cuyo solo nombre nos trae á la memoria al poeta ilustre y al célebre orador, de quien dice Capmany «que tiene un lenguaje grave y subido con un sabor de antigüedad lleno de majestad». Su dicción es copiosa, y en lo que se refiere á la pureza de la lengua y á la claridad en los conceptos, no admite competencia ni se le reconoce rival. Fray Pedro Malón de Chaide, su discípulo, natural de Cascante, en Navarra, tiene mucha brillantez, energía y cierta donosura en la manera de predicar. El venerable Fray Jerónimo de Lanuza fué no sólo un orador notable, sino un modelo de virtud. Sus homilias morales sobre los Evangelios revelan mu-

(1) Capmany: *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*.

cha erudición, aunque su estilo no es siempre el más correcto. En Fray Diego Estella hay profundidad, conocimiento del mundo, alta filosofía y un decir demasiado sobrio, pero no por esto falta de belleza y de armonía. El P. Juan Eusebio Nieremberg es notable por más de un concepto; su elocuencia brilla en las muchas obras que escribió, dignas de estudiarse por los que se consagran á la predicación.

También debemos citar entre los oradores notables de este tiempo, al P. Jeune, de quien parte, en opinión de algunos críticos, la reforma del ministerio del pulpito en Francia. Sus sermones merecen ser leídos todavía por nuestros predicadores, no pareciéndonos extraño que Masillon procurase imitarlos en cierto modo. Se distinguen, más que por la corrección en el estilo, por la originalidad y la abundancia de la frase. La elocuencia de San Francisco de Sales es semejante al apacible río que fertiliza las próximas campiñas; la dulzura y modestia de sus miradas, el fuego vivo y penetrante de sus ojos, y el tierno y melodioso eco de su voz, abrían desde luego todos los corazones. Finalmente, no se debe omitir á San Vicente de Paúl, por quien la elocuencia, estragada y corrompida por segunda vez, recobra, si quiera sea lentamente, su primitiva sencillez y antigua majestad.

Francia nos ofrece en el siglo xvii una de las épocas más célebres en la historia de la elocuencia, así como el xvi lo fué para nuestra patria. Durante ese período son muchos los oradores ilustres que se distinguieron; nosotros, sin embargo, sólo hablaremos de los más notables.

Mascaron.—Colocado este orador insigne en un período de transición entre el siglo de Luis XIII y el de Luis XIV, participa á la vez de la aspereza y mal gusto del uno, y deja entrever la armonía, la magnificencia y la riqueza del otro. Hay algo en él del vigor de Bos-

suet y de los felices pormenores de Flechier, hallándose no obstante á gran distancia de la sublimidad y elegancia de estos ilustres predicadores.

Flechier tuvo gran afición á la cultura del estilo, y nada salía de su pluma ni de sus labios que no estuviese trabajado. Su pronunciación lánguida y poco animada, á la vez que auxiliaba poderosamente á su memoria, daba al auditorio todo el tiempo necesario para percibir fácilmente la sublimidad de sus ideas y sentir el placer de deleitarse en ellas.

Bossuet es el genio inspirado de las letras divinas, que con lengua de oro canta las maravillas de la gracia, y sentado al borde de los sepulcros publica las enseñanzas de la muerte y las verdades de la eternidad. Este célebre orador sagrado, el más notable de su tiempo, no puede ser ya juzgado; su gloria no consiente la crítica, inspirar puede únicamente admiración.

Bourdaloue, erudito y elegante en el decir, supo conquistarse no menos el respeto que la admiración de sus contemporáneos. Es sobrio en el estilo, comedido y nada fastuoso; á veces se hace monótono, pero no pesado; es tolerante, pero no débil; atiende mucho á la forma, que era lo más olvidado, pero el fondo es lo más estimable de sus discursos.

Massillon sucedió á *Bourdaloue* en el gran prestigio de la predicación; era menos rápido y menos violento que éste, pero tenía mayor atractivo y más unción. *Massillon* se hacía dueño de sus oyentes en el primer momento, tal era el encanto de su palabra. El conjunto de fuerza y de dulzura, de dignidad y de gracia, de severidad y de unción; la sorprendente riqueza en las ampliaciones, el arte de penetrar en los más secretos arcanos del alma, el estilo patético y arrebatador, es lo que distingue á *Massillon* de los demás oradores.

La elocuencia sagrada, que se había levantado á tan grande altura durante los siglos xvi y xvii, decae notablemente en el xviii, llegando el mal gusto entre nosotros á merecer la severa censura y la terrible crítica del P. Isla. Hubo, no obstante, en este tiempo algunos oradores excelentes, que principiaron á predicar con sencillez, vigor y unción, dando de mano á la hojarasca, encubierta con el nombre de elegancia: tales fueron *Climent*, obispo de Barcelona, el P. *Barcia*, *Fray Diego de Cádiz*, entre los españoles, y el P. *Señeri*, *Rossi* y *Granelli* entre los italianos. Pero el privilegio de atraer en la época moderna las miradas del historiador de la palabra santa corresponde de derecho á los franceses, iniciadores del nuevo estilo de la elocuencia sagrada.

Cupo la gloria de fundar las conferencias para la juventud al ilustre *conde de Frayssinous* y de ser el primero en dar al púlpito del siglo xix toda la importancia que realmente debe tener. Su elocuencia es severa, sin figuras, como conviene á los asuntos que trata; su exposición es clara y sencilla, se vale de ejemplos fáciles, como era propio de un auditorio compuesto en la mayor parte de jóvenes. Mas no por eso pierde nunca la entonación digna y el estilo adecuado á la altura del asunto.

El P. *Ravignan*, de la Compañía de Jesús, es un orador de otro género, que se mueve entre la conferencia y el sermón, la filosofía y el misticismo. Su elocuencia es tierna y dulcísima, anuncia las bondades del Señor y llama á las puertas de su misericordia. Su filosofía es sencilla, su palabra penetrante, su estilo claro, y en todos sus discursos se echa de ver la grandeza de su alma y la dulzura de su corazón.

El *R. P. Enrique Lacordaire*.—Lo mismo que el P. Ravignan, el P. Lacordaire dejó la carrera del foro por el claustro. Hállanse en él cuantos elementos son propios de la verdadera elocuencia. Talento vastísimo, imaginación fogosa, grandes conocimientos, estilo claro y brillante, novedad en las formas, singular ingenio para percibir y expresar las relaciones de las cosas y un tino muy feliz en la elección de los asuntos. Todas estas circunstancias se encuentran reunidas en la elocuencia del príncipe de los oradores modernos. Lacordaire conoce todos los géneros de la elocuencia: no sólo ha pronunciado conferencias y oraciones fúnebres, sino también panegíricos y discursos académicos.

El cardenal *Wissemán*.—Sus conferencias, en general, son una exposición dogmática sencilla, y clara de la religión católica en los puntos en que ha sido combatida por los protestantes. Los discursos en que se propone demostrar la armonía entre la religión y la ciencia son muy notables. Estas materias, tratadas en la forma en que él lo hace, no parece que se prestan mucho á las galas de la oratoria, y, sin embargo, la imaginación vigorosa del ilustre Cardenal sabe dar á su palabra, en muchos pasajes, los vivos colores de la verdadera elocuencia.

El *P. Ventura de Raulica* reúne una pasmosa erudición y un profundo saber que le lleva naturalmente á la exposición de los más altos misterios de nuestra religión augusta. Su estilo es claro y á veces elevado; tiene rasgos de una elocuencia superior; su lógica es inflexible; generalmente apoya sus pruebas en las obras de los SS. Padres, y sabe, por último, embellecer con los adornos de una sobria, pero viva imaginación, lo abstracto, lo metafísico de las materias que suele tratar.

El *R. P. Félix*.—La gran figura que en nuestros días ha sabido atraer con justicia la atención y las miradas

del mundo católico, es el P. Félix. En vano trataríamos en este momento de dar una idea del mérito de sus conferencias; semejante empeño sería atrevido; no sólo el fondo y la doctrina, sino el estilo y la acción, todo contribuye á darle un carácter especialísimo.

Seríamos interminables si hubiéramos de nombrar los muchos é insignes oradores que en todas partes dejan oír su voz elocuente. No podemos, sin embargo, hacer caso omiso de Mons. Dupanloup, obispo de Orleans; de Mons. Plautier, obispo de Nimes; de los ilustres Manning y Newman, Deguerry, P. Martinon y P. Monsabré.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente las razones que nos obligan á guardar silencio acerca de los oradores españoles contemporáneos. No faltan sacerdotes instruidos y elocuentes; y si se compara el estado actual de nuestra patria con el de otras épocas, en que las extravagancias de muchos dominaban el púlpito, hemos adelantado mucho; la oratoria sagrada ha entrado hace tiempo en mejor camino, pero el adelanto no es igual, y consiste principalmente en la falta de educación científica, que deja á cada cual en libertad de seguir sus propias inspiraciones, ó que le reduce á la necesidad de formarse á sí mismo: no de otro modo se entra á ejercer un ministerio tan arduo. La juventud, que es confiada, se deja llevar de ilusiones y aspira desde sus primeros ensayos á empuñar el cetro de la elocuencia. El público aplaude, ó así se lo figura el novel predicador; y este triunfo, que tal vez ha excedido sus esperanzas, no le permite retroceder en su mal camino; porque ni él reflexiona, ni acepta el consejo de las personas prudentes.